

EL RETABLO

I

MONASTERIO

FRAY PIPINO: ¡Dios sea loado!
Fray Gonzalo: Con estas matas de fresas...

F. P.: ¿Decías hermano?

F. G.: Que María Santísima sea bendita, loada...

F. P.: Sea loada y bendita y exaltada...

F. G.: ¡Ni con la jaculatoria a San Martino, ni con aquella que nunca me aprendo! Vale mucho más la intención... ¡Estas fresas me resultan amarillas! Diríase que el rojo las pone malas. Su sabor es dulce, cierto, pero su color... ¿Cómo es posible comer fresas amarillas?

F. P.: ¿Amarillas? ¿Qué es amarillo?

F. G.: El cabello de la Magdalena.

F. P.: Dorado, dirás.

F. G.: Bien, glorificado, amarillo glorificado.

F. P.: Tocan a vísperas, hermano...

F. G.: Voy contigo.

Padre Superior: ...y en cuanto a mejoras (porque os digo, la ociosidad es madre de todos los vicios, ¿verdad, hermanos?) En cuanto a mejoras os digo, propongo y considero aceptado cubrir aquel muro con un retablo. ¿Donadores, me preguntáis? Primero los donadores, luego el pintor. El dinero queda, el pintor puede irse, morirse, baldarse, que el demonio le entre y lo... ¿Para qué tanto discurso? Primero los donadores. Indulgencias, confesiones al mínimo, oraciones; con cualquiera de estos dones, los donadores quedarán con los ojos en blanco. Así que propondremos el asunto y formaremos grupos: de puerta en puerta, hasta que logremos cubrir este muro con la ayuda del Todopoderoso y de los donadores que a su hora serán benditos. ¡Hincáos!

II

CASA DE PEDRO EL PINTOR

(Margarita en la cocina escucha)

Pedro el Pintor: ¿Tan grande?

Fray Pipino: Sí, hijo mío, justamente como te digo.

Margarita: ¿Quién es?

P. el P.: Pipino, Fray Pipino.

M.: ¿Y qué quiere?

F. P.: Son curiosas las mujeres.

P. el P.: Pues un retablo.

M.: ¿Y qué has dicho?

P. el P.: Pues que no sé.

F. P.: Empeñosas las mujeres, escuchad.

M.: ¿Cómo es que no sabes? ¡Acepta!

P. el P.: ¿Y tu retrato?

M.: Eso después; acepta te digo.

F. P.: ¿Entonces aceptas, hijo?

P. el P.: Ya has oído.

F. P.: Te dejo mi bendición. Adiós,

M.: Adiós, adiós, Pipino, vuelve,

Por Antonio SOUZA

Dibujos de Juan SORIANO

III

LOS DONADORES EN CASA DE PEDRO EL PINTOR

Jorge: Y quiero la pintura finísima.

Amalia: Perdurable.

Sebastián: Brillantísima.

Simona: Con mucho azul.

Urraca: Y mucho rosa.

Sirena: Y mucha luz.

J.: Y estaremos de perfil todos.

U.: ¡Ay no, papá!

A.: De perfil, hija mía; es el perfil de tu abuela.

U.: ¡Pero es el mío!

Sim.: (*cuchicheando*): Calla, luego le decimos al pintor.

Seb.: Yo con una mano en el pecho.

Sir.: Y yo con mi cuello descubierto, sin joyas quiero yo.

El pintor: ¿Y queréis a la Virgen con niño y todo?

A.: Por supuesto.

J.: Y los Santos Patrones deben apoyar una mano en nuestros hombros.

Seb.: Una mano en mi hombro.

IV

CASA DE PEDRO EL PINTOR

Margarita: Habráse visto y con esa ropa Dios mío. ¡Qué rabia!

Pedro: ¿Qué más te da? Desnuda eres hermosísima.

M.: ¿Acaso puedo pasearme desnuda de tu brazo, desnuda por la calle?

P.: Si quieres, yo también me desnudo.

M.: Sí anda, y que nos quemén en la hoguera...

P.: Sí, por brujos, yo besándote en la hoguera; así tus labios y los míos se-

rían en verdad una sola carne ardiendo, Margarita...

M.: ¿Por qué no empiezas el cuadro?

P.: Margarita...

M.: Yo quiero el terciopelo de la niña narizona.

P.: Margarita, desnúdate...

M.: ¿Otra vez desnudarme? Nunca acabas mi cuadro, me tienes tiritando.

P.: Margarita, son tus clavículas.

M.: Pero te digo que debes empezar el retablo...

P.: Margarita, desnúdate...

M.: Pedro, no, me da frío.

P.: Margarita...

V

CONTINUA. CASA DE PEDRO EL PINTOR

Pedro: Santa Urraca.

El Aprendiz: Y San Jorge.

P.: Sí, ése ya está.

El A.: ¿Y la niña blanca?

P.: Margarita, ¿cómo se llama la niña blanca?

M.: Simona.

P.: Santa Simona y el hijo Sebastián.

El A.: ¿Aquél que cortó una rosa al salir de aquí y al ver su índice con una gotita de sangre dijo: "¡qué hermoso!"?

P.: ¿Eso dijo?

El A.: Sí, y se echó la capa al hombro, respiró muy hondo y se fue por la sombra.

P.: ¿Y la rosa?

El A.: Se la pidió la madre y él no la quiso dar.

P.: ¿Santa qué? Santa, Margarita, ¿la madre qué?

M.: Santa Amalia.

P.: Entonces: Santa Amalia, San Jorge, Santa Urraca, Santa Simona, San Sebastián y...

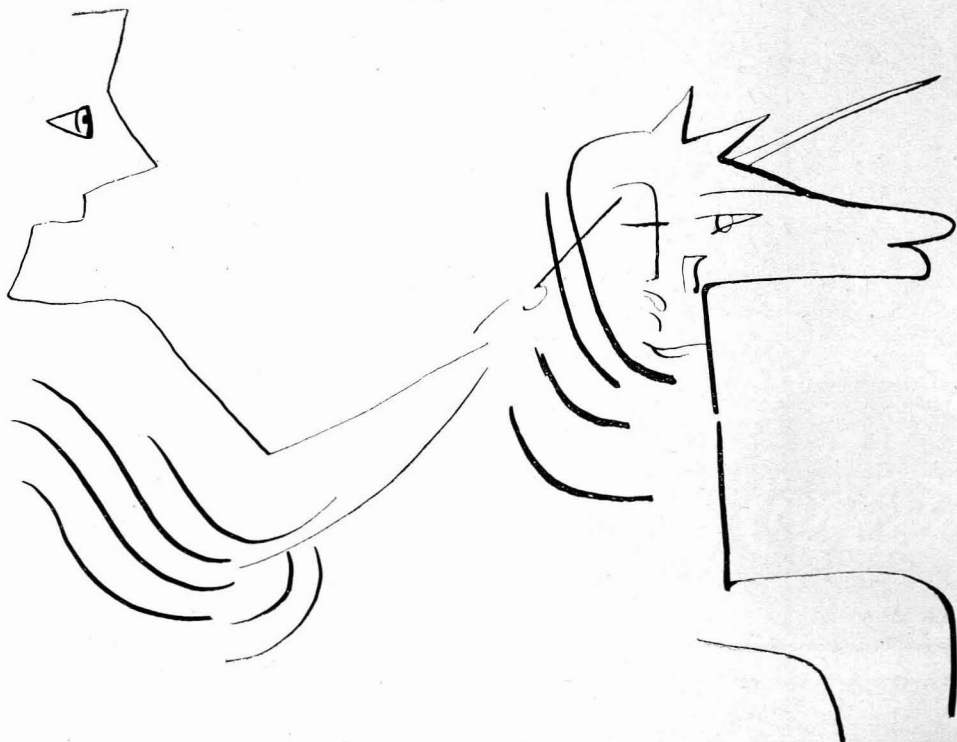
El A.: Y la Virgen...

M.: Y el niño también.

VI

EN EL CIELO

Angel de la Comisión Diocesana de Decoración: Escuchad, pero escuchad, dejad



por un momento vuestros juegos; tú, San Jorge, deja de dar brillo a tus armas...

Santa Urraca (*enmedio de un revoloteo de pajaritos*): Ángel fastidioso. Tú, Jorge, sigue limpiando...

El Ángel: También tú, Urraca, escucha, y tú, Sebastián, deja de jugar a las estatuas.

San Sebastián: Si no me canso...

Santa Simona: ¿Cuándo me dejas jugar contigo?

S. Seb.: Nunca; he de jugar solo.

Santa Amalia: Déjale, ¿no ves lo hermoso que es él solo?

El Ángel: ¡Silencio!

Un Arcángel: Sirena, alza más los brazos para que puedan pasar los otros sin agacharse tanto.

Otro Arcángel: Y tú, amigo, deja que el viento te despeine, que con tu continuo rectificar de rizos interrumpes el juego...

Santa Sirena: Pero ya se me olvidó lo que se canta.

1er. Arcángel: Mira: por aquí pueden pasar.

S. Sim.: ¡Ah! Sí, los de adelante y los de atrás.

2º Arcángel: No, no es así, es...

El A.: Silencio, os digo. ¿Cuándo me escucharéis? ¿Acaso no soy temible?

S. U.: ¿Con tus botas caídas y tus medallones estrellados?

El A.: No es mi culpa niña, ya he pedido uniforme nuevo.

S. Sim.: Y una espada más chica, que con ésta te tropiezas.

El A.: Niñas, ¡ya! ¡Silencio!

San Jorge: ¡Silencio!

S. Seb.: Divino silencio.

S. A.: ¡Oh, Sebastián!

S. Sir.: ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

S. U.: Aunque lo niegues, te gusta.

S. Sir.: ¿Sebastián a mí? ¡Oh! ¡Oh!

El A.: Bueno, allí va, aunque no me escuchéis: tienen que posar para Pedro el pintor los siguientes: Jorge, Amalia, Sebastián, Urraca, Simona y Sirena...

1er. Arc.: Te digo que ya hubiéramos acabado de jugar, si no fuera porque no alzas los brazos bien.

S. Sir.: ¿Y tendré que ir?

2º Arc.: Pero luego vuelves y jugaremos a los bolos.

S. Sir.: ¡Que a los bolos no, que a esto!

S. U.: ¿No quieren que juegue yo?

1er. Arc.: Sí, tú tienes que ir también, y además, aunque te quedaras, con el revoloteo de tus pájaros no nos dejas.

S. Sim.: Anda, vamos juntas. Si es divertido, yo ya he posado mil veces.

VII

EN UN PRADO LA DONCELLA. EL UNICORNIO REPOSTADO EN SU REGAZO

El Unicornio: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

La doncella: ¿Tú gimes? ¿Y yo?

El U.: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

La d.: Animalito triste que eres.

El U.: ¡Ay!



La d.: ¿No te gusta que te trence las crines, que te pongan collares de flores, y cintas en el cuerno?

El U.: ¡Ay!

La d.: Tú, amigo. ¿Acaso lloro yo cuando Jorge me desprecia una vez más? ¿Acaso me desespero cuando en lugar de mirarme da brillo a sus armas? ¿Cuando besa a su caballo en vez de a mis labios?

La d.: ... Dime, ¿soportarías tú un amor así?

El U.: ¡Shh!

San Jorge: ¿Cuántas doncellas más se ha comido el dragón?

La d.: No sé.

S. J.: Me precisan para posar y no tendré tiempo para matarle.

La d.: ¿Pensabas matar al dragón?

S. J.: ¡Claro! ¿Por qué crees que hago tantos ejercicios?

La d.: ¡Ah!

S. J.: Y ese bicho tuyo, ¿no te arruga la falda?

La d.: ¿Mi unicornio? No, hombre, es ligero como una pluma.

S. J.: ¿Y qué tanto se hablan? Siempre os veo juntos.

La d.: Nada, no hablamos nada... ¿Es verdad que tendrás que irte?

S. J.: Ya te lo he dicho.

La d.: ¿Y si me come el dragón?

S. J.: Le mataré.

La d.: Pero ya me habrá comido.
S. J.: No importa, le mataré.

VIII

ESTUDIO DE PEDRO EL PINTOR

Margarita: Que bien está el San Jorge.
¡Qué armadura!

El aprendiz: Brillantísima ¿Verdad? Los brillitos los hice yo.

Pedro: Mentiroso, ¡cállate!

El a.: ¿No los hice yo?

P.: Sí, bueno ¿y qué? Yo hice lo demás.

El a.: Bueno no decía yo más que...

M.: ¿Y luego seguirás con quién?

P.: Con Sebastián y San Sebastián, será fácil, ese joven.

P.: ... es muy quieto.

M.: El señor Jorge tampoco se movía.

El a.: ¡Pero andaba con unos resoplidos!

P.: A la señora Amalia hube de decirle que no tenía necesidad de hincarse ni de juntar las manos, y me dijo que era una lástima, pues pensaba aprovechar para el pago de una penitencia.

M.: ¿Y a su patrona?

P.: La haré luego, no tiene importancia.

IX

ESTUDIO DE PEDRO EL PINTOR

(*Un Santo Patrón en el ambiente*)

San Sebastián: Yo puedo estar quieto toda la eternidad. Toda. ¿Posar? Es mi fuerte. Cuando los romanos me ataron a la columna yo tomé esa actitud maravillosa, mucho más hermosa que cualquiera de las que aparecen en los cuadros ¡Incomparablemente mejor! Además nunca me colocan bien las flechas.

Era mi desnudo blanco, blanca la columna trunca, una blanca nube en el horizonte, blancas las plumas de las flechas, blanco el blanco de mis ojos, y enmedio de esta blanca música, el rojo de mi sangre: pequeñas gotas coaguladas como rubores discretos y concentrados: mi timidez. ¡Fue tan hermoso! Nunca me pintan bien. Y ahora junto a Jorge por una parte es mejor, por el contraste; pero por otra parte está muy mal, pues me gusta que me vean solo, desnudo, con ese gesto de martirio en mis labios. Ya está.

(*Y San Sebastián avanzó un poco más su pie izquierdo de manera que una de sus costillas se indicara más.*)

(*Entran dos de los donadores*)

Sebastián: Pintor, te traigo a mi hermana Sirena para que pose. ¡Oh!, cómo adivinaste mi desnudo, pintor. Mis hombros son mis hombros y la línea que parte a mi torso en dos. ¡Oh!, mi ombligo.

Sirena: ¿De quién es este pescadito?

El aprendiz: De mi novia, se lo voy a regalar.

Sir.: ¿Quieres que sea tu novia?

Seb.: Niña, ¡qué cosas dices!

X

ESTUDIO DEL PINTOR

(*Con una Santa Patrona en el ambiente*)

El pescadito: ¡Sirena! ¡Sirenita!

Santa Sirena: Cállate, ahora el pintor dibuja mis labios. Mira como cierra los ojos para captar mejor la dulzura de sus líneas.

El pintor: Margarita, ya casi acabo a Santa Sirena, ven a ver.

Margarita: Cuando acabes.

El p.: Nada más ven a ver.

M.: No, sucede lo de siempre.

El p.: Anda, Margarita, ven, estoy cansado.

M.: Acaba, luego iré.

El pes.: Sígueme contando, Sirena.

S. Sir.: Pues te decía que yo guardaba peces en mi cuarto en pomitos de cristal, los escondía de las tías; no me los fueran a quitar.

Y luego me fijaba muy bien en sus giros, en las maneras en que conservan cierta altura, en sus ascensiones a la superficie. ¿Sabes? Luego me iba al mar y ensayaba todo lo visto y mejoraba y aprendía, y ¿qué crees? Pues me topé con una sirena, ¡tan amable! Pero hube de regresar a casa, que ya era hora y no fueran a venir las tías y echaran a perder todo; y al otro día regresé y ya me esperaban: eran tres sirenas, con coronas y collares, de perlas las coronas, y nos sumergíamos muy hondo y luego descansábamos en las rocas y nos peinábamos. Me enseñaron a cantar y sus cantos no tenían palabras, eran entonaciones, no creas que por eso eran más fáciles y luego venían barcos y nos zambullíamos y ellos se preguntaban de dónde venían esos cantos, y nosotros reíamos y las burbujas llevaban nuestras voces a la superficie y los marineros decían: "es el mar que canta". Una vez vi a las tías vestidas de negro dando vueltas en la playa y no me importó, por entonces era yo amiga de Tobías. Debería de haber estado reñida con él puesto que pescaba; pero era tan simpático y me hablaba de cosas tan dulces. Metía en todo a Dios y yo me quedé con la idea en la cabeza. Ya tenía yo corona también de perlas y collar de corales y ya me habían salido escamas verdecitas, pálidas, y mi pelo era suavísimo y lo arreglaba con guirnaldas de caracoles pequeños; pues te decía que Tobías me hablaba de Dios y me decía que salvaba, yo no entendía el porqué de su salvamento, pero un día un barco pasó muy cerca de nuestra roca y en él venían griegos de pelo rizado, rubios, y mis compañeras y yo les seducimos y después, ¿te lo digo?, pues nos los comimos.

Entonces empecé yo a estar preocupada y triste y ya no me peinaba bien y no reponía ya las perlas de mi corona. Cuando un día, una tarde, escuché una voz en la playa que hablaba de Dios, les hablaba a los peces y decía "Yo, Antonio, Siervo de Dios, he venido desde Padua para salvarlos", pero los peces dormían y yo estaba triste. Les desperté a todos y les hice asomar la cabeza para que escucharan. Luego les avisé a mis compañeras, pero me dijeron que ya se veía un barco en el horizonte. Fui yo sola y con los peces escuché la palabra y San Antonio me guiñó un ojo y me dijo que pronto vería a Tobías... y le ví.

El pes.: ¿Y dónde lo viste?

S. Sir.: Pues en el cielo. ¿No te digo que soy Santa Sirena?

XI

EN EL PRADO LA DONCELLA SENTADA EN UN MURO ALTO Y CON UNA BANDERITA BLANCA EN LA MANO

La doncella: Y a mi prima Isabel también, ¿verdad?, y a Brunhilda mi hermana. ¿Por qué todo esto? A ver, ¿por qué?

El dragón: Bájate de allí, niña.

La d.: No, porque me comes.

El d.: Te quiero decir un secreto.

La d.: ¿Un secreto? ¿Y cuál es ese secreto?

El d.: Baja y te lo diré.

La d.: Si bajo me comerás.

El d.: ¿Acaso te estoy asustando, acaso echo fuego por mis narices?

La d.: No; pero eres malo.

(El unicornio en el jardín patea el muro)

La d.: ¡Unicornio! ¿Para qué me quieres?

El Unicornio: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

La d.: Bajo ahora, tiraste la escalera, tardaré más por la enredadera.

El d.: No me dejes solo, doncella.

La d.: Sí, porque eres malo.

El d.: No te vayas, doncella.

La d.: Tonto, si sabes que volveré; no tardo, adiós.

El d.: Hasta luego.

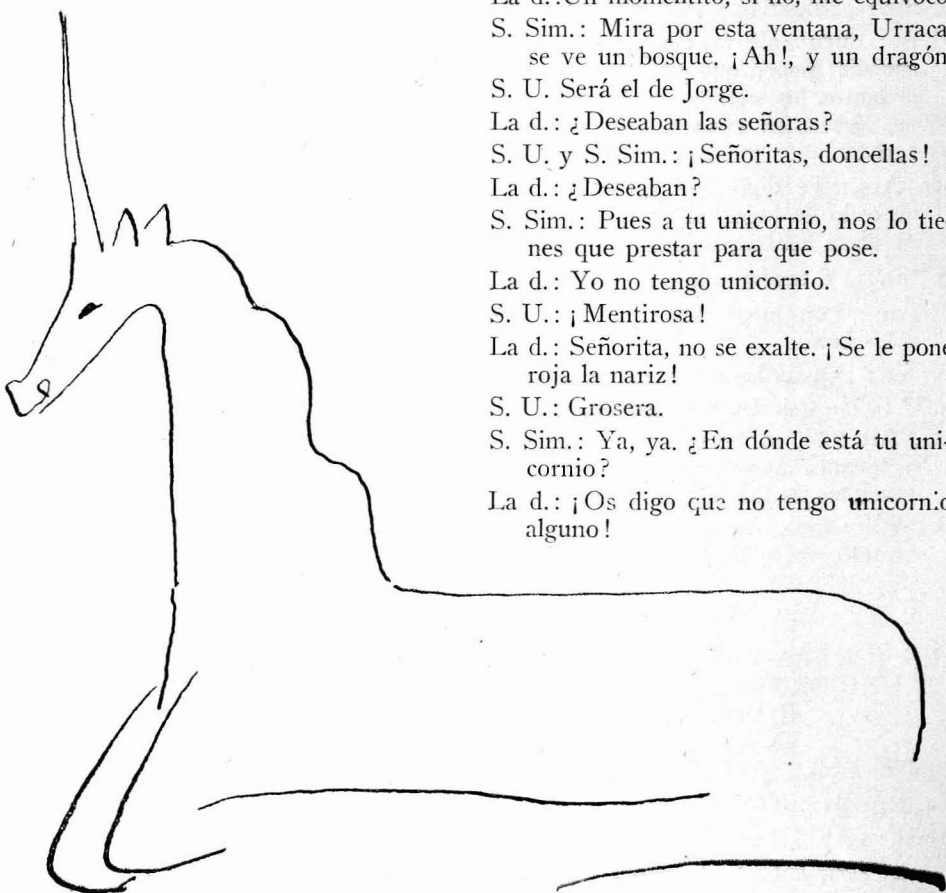
(La doncella baja por la enredadera y se monta a horcajadas sobre el Unicornio)

La d.: A ver, ¿ahora qué?

El U.: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

La d.: ¿Cómo? ¿Y allí están todavía?

El U.: ¡Ay!



La d.: ¿Qué volverán mañana? ¿Y no te dijeron sus nombres?

El U.: ¿Simona? ¿Urraca? No las conozco, no son de la región.

El U.: ¡Ay!

La d.: ¿Llevarte a ti? No, eso no, tú no vas. Te escaparás al bosque y cuando pase el peligro te avisaré.

(Santa Simona y Santa Urraca)

Santa Simona: Pues a mí se me hace que en el hueco que quedó entre tú y yo debería pintar un morito en lugar de un Unicornio.

Santa Urraca: ¡Ay! No Simona, de acordarme se pone pálida mi aureola. ¡Esos moros!

S. Sim.: ¡Pero hace tanto tiempo!

S. U.: Que me han dado más pajaritos que los que tenía en la tierra, es verdad, pero cuanto sufriría yo que me gané el cielo. "La martir de los pajaritos." Se rieron pero cuando les conté lo que habían hecho me trataron de igual a igual. "¿Insistes en tu fe?", me decía el moro y yo decía "sí", y ¡pum!, me apachurraban un pajarito y otra vez a preguntar y yo a contestar, y ¡pum!, otro pajarito menos y así hasta dejar la jaula vacía.

S. Sim.: Pues conmigo fue más rápido, dos trenzas, pero las preguntas iguales, mi padre llorando desde las rejas decía: "Simona, que no te corten el pelo, ese pelo tuyo de oro." Y yo dije dos veces que era fiel y fueron dos tijeretazos; luego con las trenzas se hicieron un turbante precioso.

S. U.: ¡Ha de ser aquel castillo!

S. Sim.: Le dicen doncella. ¿Verdad?

S. U.: La doncella de San Jorge.

S. Sim.: Mira, allá en la torre está hilando una niña, será ella.

* * *

S. U.: ¿Eres tú la doncella?

La d.: Un momentito, si no, me equivoco.

S. Sim.: Mira por esta ventana, Urraca, se ve un bosque. ¡Ah!, y un dragón.

S. U. Será el de Jorge.

La d.: ¿Deseaban las señoras?

S. U. y S. Sim.: ¡Señoritas, doncellas!

La d.: ¿Deseaban?

S. Sim.: Pues a tu unicornio, nos lo tienes que prestar para que pose.

La d.: Yo no tengo unicornio.

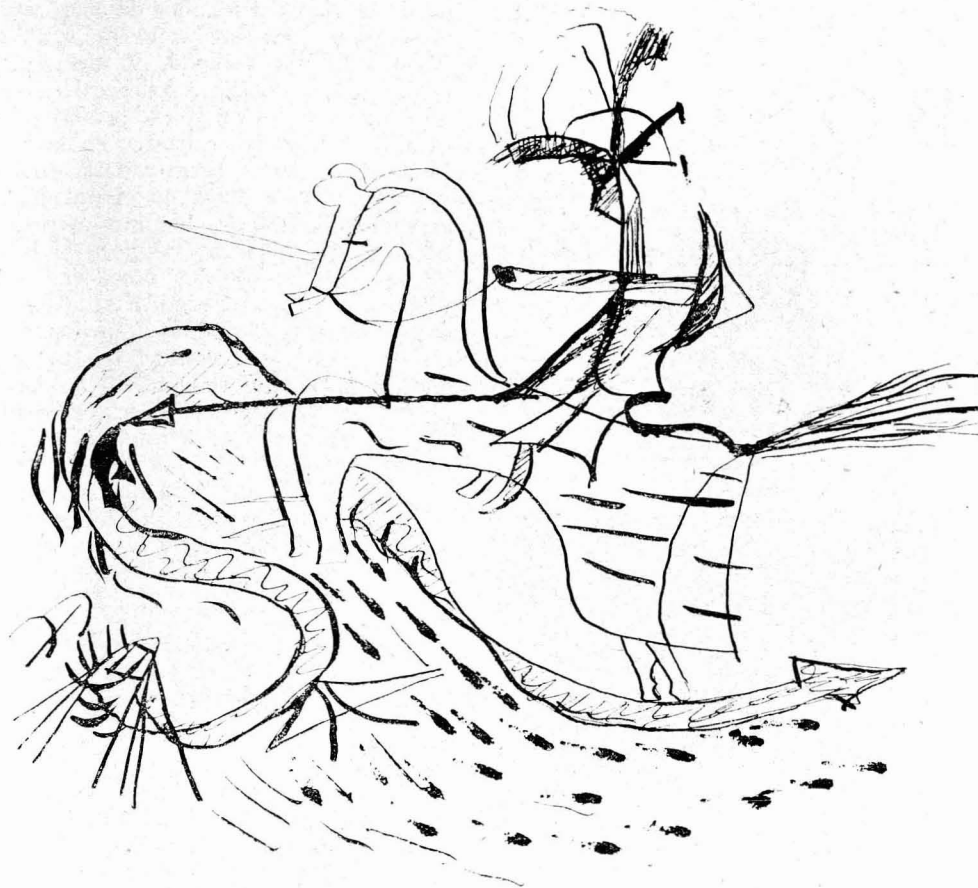
S. U.: ¡Mentirosa!

La d.: Señorita, no se exalte. ¡Se le pone roja la nariz!

S. U.: Grosera.

S. Sim.: Ya, ya. ¿En dónde está tu unicornio?

La d.: ¡Os digo que no tengo unicornio alguno!



S. U.: Pero si...
 S. Sim. (*en secreto*): Calla, Urraca, no nos quiere decir, nosotras lo buscaremos. Con permiso, doncella.
 La d.: Adiós, adiós.

* * *

Santa Simona: Jorge y Sebastián tienen algo en común. ¿Verdad?
 Santa Urraca: ¿Qué quieres decir?
 S. Sim.: No, nada, oye. ¿Y Amalia? Todavía no la pintan.
 S. U.: Parece que la dejarán para lo último.
 S. Sim.: La pobre, sentándose en todas las sillas, rectificándose los pliegues.
 S. U.: ¿Por qué estará con nosotros?
 Un pastor: ¿Han perdido el camino, las hermosas, o van de paseo?
 S. Sim.: Buscamos al Unicornio.
 S. U.: ¿Qué bebes pastor?
 Un p.: Vino, la niña.
 S. Sim.: ¿Tan de mañana, pastor?
 Un p.: Con el vino, el día es para mí, tan sólo alba...
 S. Sim.: Tu vino es claro, pastor.
 Un p.: Es vino del alba, la hermosa, ¿quieres probar?
 S. U.: Yo primero.

(*Las santas beben del vino*)

S. Sim.: ¡Que lucecitas se miran!
 S. U.: ¡Que nubes pequeñas!
 Un p.: Son mi rebaño y las luces su pastura.
 S. Sim.: ¿Vienes con nosotras?
 S. U.: Sí, ven, vamos en busca del Unicornio.
 Un p.: Dadme vuestros brazos, las hermosas, vamos, que hace poco lo vi llorando.
 S. U.: ¿Por qué bailas, pastor?
 S. Sim.: Tu también bailas, Urraca.
 S. U.: ¡Sí, bailamos los tres!
 S. Sim.: Luz tan clara...
 Un p.: Y en tus ojos.
 S. U.: Brillitos...
 S. Sim.: Mejilla del mundo.

Un p.: Como de niño dormido.
 S. U.: Al alba el niño dormido.
 (*El unicornio al pie de un árbol llora*)

S. Sim.: Blanco animalito.
 S. U.: Triste blanco animalito.
 Un p.: Tejan las hermosas una brida de flores y se pondrá contento.
 (*Santa Urraca y Santa Simona tejen una brida y el Unicornio llorando se deja hacer.*)

Unicornio: ¡Ay!
 S. Sim.: Anda, ven, te precisamos.
 S. U.: ¿No te levantas?
 Un p.: Le daré un poco de mi vino.
 S. U.: No lo derrames, que le tiñes su pelo.
 S. Sim.: ¡Que mojas las flores!
 Un p.: ¡Que mojo las flores, las empapo, que tiño su pelo, de alba lo tiño!
 S. U.: El unicornio sonrío
 S. Sim.: Y se levanta.
 Un p.: Montad en él, las hermosas.
 S. U.: Yo le ataré mi cinta en el cuerno.
 S. Sim.: Y yo trenzaré sus crines.
 Un p.: Y yo acompañaré la cabalgadura de las hermosas.

XII

ESTUDIO DE PEDRO

Margarita: Me parece que Santa Simona y Santa Urraca sonríen demasiado y que tu unicornio tiene el pecho rosado; los unicornios son todos blancos.
 Pedro: Así está bien.
 Aprendiz: Si quieres pinto yo solo a Santa Amalia.
 M.: Sí, anda, Pedro, déjale que pinte y pronto acabamos.
 P.: ¿Y te desnudarás?
 M.: ¿Y me pintarás? Pedro, dame tu mano.
 P.: Anda, aprendiz, vete por un poco más de azul, del fino.

XIII

EN EL PRADO, JUNTO AL CASTILLO

Doncella: Sin mi Jorge, sin mi unicornio, ¿qué haré yo? Pronto me tocará mi turno. El dragón debe comerme y Jorge no llegará a tiempo.
 Iré para distraerme, a que me diga el secreto.

(*La doncella toma su banderita blanca y baja al jardín. Sentada sobre el muro agita la bandera*).

Dragón: Doncella, doncella, mañana te comeré.
 Don.: Antes te matará Jorge.
 Dra.: No, si te digo mi secreto... baja.
 Don.: ¿Me prometes que no me haces daño? Sabes, yo amo a Jorge.
 Dra.: Deja, deja, te lo prometo.

(*La doncella baja por la enredadera y el dragón la recoge en su cuello*).

Don.: ¡Qué caliente es tu piel! ¡Qué escamas!
 Dra.: Soy dragón, doncella, caliente y con escamas.
 Don.: ¿Adónde me llevas?
 Dra.: Junto al mar a decirte mi secreto.

XIV

San Sebastián: No, gracias, yo no bebo vino.
 Santa Amalia: No, no lo pruebo.
 San Jorge: No, perdona, mañana tengo que pelear.
 El pastor: ¿Y las hermosas?
 Santa Simona: ¿Y me darás un poco para beberlo en el cielo?
 Santa Urraca: ¿Y a mí también?
 El pas.: No os basta, a las hermosas, el alba y sus nubes?

XV

Fray Pipino: Te digo, hijo mío, todos están muy contentos.
 Pedro: ¿Y el Superior?
 Fray Gonzalo: Te manda su bendición.
 El aprendiz: ¿Y a mí?
 F. P.: Que vengas a confesión.

(*Margarita entra corriendo*).

Margarita: Pedro, Pedro, ¿alcanza para ocho metros?, ¡perdón!
 S. P.: Buenos días, Margarita.
 F. G.: Bendita seas, niña.
 F. P.: ¡Qué gozo verte tan contenta!
 M.: Anda, Pedro, anda, vamos al mercado.
 El a.: Limpiaré los pinceles.
 P.: Espera, Margarita, espera, voy contigo.

XVI

1er. Arcángel: ... A la víbora, víbora...
 Santa Simona: de la mar, de la mar...
 Santa Urraca: por aquí pueden pasar.
 2º Arcángel: Los de adelante corren mucho...
 Angel de la comisión de decoro: los de atrás se quedarán.
 Santa Amalia: Tras, tras, tras.
 San Sebastián: Jorge, Jorge, ¿me habías visto esta venita azul, aquí, junto al ombligo?
 San Jorge: No, no sé. ¿Sabes? No he podido matar al dragón...